

Landeros, Lara Larios, Martínez, Méndez Mendizábal. . . Mendizábal . . .  
¡Leticia Mendizábal!

Rangel, Rassini, Reyes, Reyes, Rojas, Ruiz, Saldívar. . . Saldívar. . . ¡Guillermo Saldívar!

—Libres como palomas Leticia.

—Aunque sea por una mañana Guillermo.

—Quítate las colitas Leticia.

—No, es mejor así Memo.

Así o con su pelo suelto sombreando sus ojos era igualmente hermosa. La había convencido argumentando que solo una mañana tomada no era mucho para la cantidad de cosas que podríamos obtener como la suerte de encontrar casi vacío el trolebús, o como la ciencia de prever dos tortas de aguacate para que cuando el olor lo sugiriera, los dos las devoráramos sonriendo y mirándonos, y más tarde por el parque, comprar un globo y al dártelo asir tu mano de catorce años. Y bien valía la pena pintarnos una mañana con la expectativa tácita, de que al momento de despedirnos, diríamos algo sobre nosotros. Leticia y yo comprobamos que iba a ser así desde que encontramos dos asientos vacíos y juntos, desde que al poner el cassette de *Aby Road* en la grabadora que cargaba nos ruborizamos levemente cuando coincidimos cantando escuchable pero distraídamente: "Here comes the sun. . ." y luego ya deliberadamente viajando en el trolebús silbamos la melodía. En tales instantes pensé que sus piernas rosas que moldeaba su uniforme pegadas a mis piernas, bien justificaban no una mañana de pinta sino hasta pintarse toda la vida con Leticia. Una vez en el parque hundido, sentados frente a un tiempo de pasto y flores, pensé decírselo. A pesar de la solemnidad con que comencé, ella me interrumpió platicándome que nunca lo había visto, que sólo en las películas y en los sueños y que cada noche que pasaba deseaba más intensamente conocerlo. Exactamente lo dijo con voz de ilusión y bonitas palabras: "Memo, quisiera abrazarlo y ahogarme en su plenitud" Le contesté que yo sí lo conocía y que era mi obligación mostrárselo. Al principio titubeé pero una vez emocionados con la idea nada detendría nuestra decisión: ella descubrir y yo redescubrir lo profundo y lo azul del mar. A Veracruz en un día vamos y venimos, habla a tu casa y dí que no vas a ir a comer. Leticia me replicó que en qué nos íbamos a transportar. El ingenio fue mi aliado pues le comenté que para ir a su trabajo mi hermana deja su cochecito y yo, tramposamente, tengo un duplicado. Se lo decía casi en secreto abrazándola y hablándole al oído. Pero Memo, ¿sabes manejar bien en carretera?—me preguntó entre risas y temor— Le contesté que claro, que era un experto aunque la verdad era que todavía confundía el clutch y el freno. Total que a las doce del día, Leticia y yo rumbo a Puebla en el Opel de mi hermana, comiendo Gansitos con refresco, hablando de la maestra de geografía y agarrándonos la mano entre cada cambio de velocidad. Más adelante y en pleno campo Leticia me hizo una importante observación acerca de la normalidad o no de si era o no normal que de un auto emerja humo del piso. Ni a Puebla llegamos. El coche lo arreglamos gracias a la sabiduría de un camionero; él fué quien me hizo un elemental recordatorio: "Mira chavo, antes de salir a pasear es necesario revisarle el agua y el aceite al carro para que salga todo bien, ahora que ya le echamos agua, espérense un rato y luego arránquense pero con cuidado". Además también nos aclaró que Veracruz no está a media hora de Puebla como yo suponía. Leti sintió miedo, hasta tenía sus ojos a medio llorar. En el primer retorno dimos vuelta. Al cuarto para las dos, antes de que nuestros compañeros salieran, ya estábamos afuera de la escuela. Sin ver el mar pero contentos y tranquilos. Luego por primera vez la acompañé a su casa en coche. Una cuadra antes de llegar pensé decírselo pero no, no pude. Apagué el motor y entreabrió la puerta, nos lo dijimos pero sin palabras, con un inolvidable beso de diez minutos establecimos un recado. Al poco tiempo yo me cambié de secundaria y pronto deje de verla pero todavía ahora, cuando miro el mar, descubro que aún me acuerdo de Leticia.